

CAPITULO XII.

PARA apreciar en su justo valor el efecto que pueden producir sobre la sociedad española las doctrinas protestantes, será bien dar una ojeada al actual estado de las ideas religiosas en Europa. A pesar del vértigo intelectual que es uno de los caracteres dominantes de la época, es un hecho indudable que el espíritu de incredulidad y de irreligion ha perdido mucho de su fuerza; y que en la parte que desgraciadamente le queda de existencia, es mas bien transformado en indiferentismo, que no conservando aquella índole sistemática de que se hallaba revestido en el pasado siglo. Con el tiempo se gastan todas las declamaciones, los apodos fastidian, las continuas repeticiones fatigan; irritase el ánimo con la intolerancia y la mala fé de los partidos, descúbrense el vacío de los sistemas, la falsedad de las opiniones, lo precipitado de los juicios, lo inexacto de los racionios; andando el tiempo, van publicándose datos que ponen de manifiesto las solapadas intenciones, lo engañoso de las palabras, la mezquindad de las miras, lo maligno y criminal de los proyectos, y al fin restablécese en su imperio la verdad, recobran las cosas sus propios nombres, toma otra direccion el espíritu público; y lo que antes se encontraba inocente y generoso, preséntase como culpable y villano; y rasgados los fementidos disfraces, muéstrase la mentira, rodeada de aquel descrédito que debiera haber sido siempre su único patrimonio.

Las ideas religiosas, como todas aquellas que pululan en sociedades muy adelantadas, no quisieron, ni pudieron mantenerse en el recinto de la especulacion, é invadiendo los dominios de la práctica, quisieron señorear todos los ramos de administracion y de política. El trastorno que debian producir en la sociedad debia serles fatal á ellas mismas: porque no hay cosa que ponga

mas de manifiesto los defectos y vicios de un sistema, y sobre todo que mas desengañe á los hombres, que la piedra de toque de la esperiencia. Yo no sé qué facilidad tiene nuestro entendimiento para concebir un objeto bajo muchos aspectos, y qué fecundidad funesta para apoyar con un sinnúmero de sofismas las mayores extravagancias; pues que en tratándose de apelar á la disputa, apenas puede la razon desentenderse de las cavilaciones del sofisma. Pero en llegando á la esperiencia, todo se cambia: el ingenio enmudece, solo hablan los hechos; y si la esperiencia se ha verificado en grande, y sobre objetos de mucho interes ó de alta importancia, difícil es que pueda ofuscarse con especiosas razones la convincente elocuencia de los resultados. Y de aquí es que observamos á cada paso que un hombre que haya adquirido grande esperiencia, llega á poseer cierto tacto tan delicado y seguro, que á la sola esposicion de un sistema, señala con el dedo todos sus inconvenientes: la inesperiencia fogosa y confiada, apela á las razones, al aparato de doctrinas; pero el buen sentido, el precioso, el raro, el inapreciable buen sentido, menea cuerdaamente la cabeza, encoge tranquilamente los hombros, y dejando escapar una ligera sonrisa, abandona seguro sus predicciones á la prueba del tiempo.

No es necesario ponderar ahora los resultados que han tenido en la práctica aquellas doctrinas cuya divisa era la incredulidad; tanto se ha dicho ya sobre esto, que quien emprenda el tocarlo de nuevo, corre mucho riesgo de pasar plaza de insulso declamador. Bastará decir, que aun aquellos hombres que por principios, por intereses, recuerdos ú otras cosas, como que pertenecen aun al siglo pasado, se han visto precisados á modificar sus doctrinas, á limitar los principios, á paliar las proposiciones, á retocar los sistemas, á templar el calor y el arrebató de las invectivas; y que queriendo dar una muestra de su aprecio y veneracion á aquellos escritores que formaron las delicias de su juventud, dicen con indulgente tono: "que aquellos hombres eran grandes sabios, pero que eran sabios de gabinete;" como si en tratándose de hechos y de práctica, lo que se llama sabiduría de mero gabinete, no fuese una peligrosa ignorancia.

Como quiera, lo cierto es que de estos ensayos ha resultado el provecho de desacreditarse la irreligion como sistema; y que los pueblos la miran, si no con horror, al menos con desvío y des-

confianza. Los trabajos científicos provocados en todos ramos por la irreligion, que con locas esperanzas habia creído que los cielos dejarían de contar la gloria del Señor, que la tierra desconocería á aquel que le dió su cimiento, y que la naturaleza toda levantaria su testimonio contra Dios que le dió el sér y la animó con la vida, han hecho desaparecer el divorcio que con escándalo se iba introduciendo entre la religion y las ciencias; y los acentos del antiguo hombre de la tierra de Hus, se ha visto que podían resonar sin desdoro del saber, en la boca de los sabios del siglo XIX. ¿Y qué dirémos del triunfo de la religion en todo lo que existe de bello, de tierno y de sublime sobre la tierra? ¡Cuán grande se ha manifestado en este triunfo la accion de la Providencia! ¡Cosa admirable! en todas las grandes crisis de la sociedad, esa mano misteriosa que rige los destinos del universo tiene como en reserva á un hombre extraordinario; llega el momento, el hombre se presenta, marcha, él mismo no sabe á dónde, pero marcha con paso firme á cumplir el alto destino que el Eterno le ha señalado en la frente.

El ateismo anegaba la Francia en un piélago de sangre y de lágrimas, y un hombre desconocido atraviesa en silencio las mares: mientras el soplo de la tempestad despedaza las velas de su navío, él escucha absorto el bramar del huracán, y contempla abismado la magestad del firmamento. Estraviado por las soledades de América, pregunta á las maravillas de la creacion el nombre de su Autor; y el trueno le contesta en el confin del desierto, las selvas le responden con sordo mugido, y la bella naturaleza con cánticos de amor y de armonía. La vista de una cruz solitaria le revela misteriosos secretos, la huella de un misionero desconocido le escita grandes recuerdos que enlazan el Nuevo Mundo con el Mundo Antiguo; un monumento arruinado, una choza salvage, le inspiran aquellos sublimes pensamientos que penetran hasta al fondo de la sociedad y del corazon del hombre. Embriagado con los sentimientos que le ha sugerido la grandeza de tales espectáculos, llena su mente de conceptos elevados, y rebotando su pecho de la dulzura que han producido en él los encantos de tanta belleza, pisa de nuevo el suelo de su patria. Y ¿qué encuentra allí? La huella ensangrentada del ateismo, las ruinas y cenizas de los antiguos templos, ó devorados por el fuego, ó desplomados á los golpes de bárbaro martillo;

sepulcros numerosos que encierran los restos de tantas víctimas inocentes, y que poco antes ofrecieran en su lobreguez un asilo oculto al cristiano perseguido. Nota sin embargo, un movimiento, ve que la religion quiere descender de nuevo sobre la Francia, como un pensamiento de consuelo para aliviar un infortunio, como un soplo de vida para reanimar un cadáver: desde entonces oye por todas partes un concierto de célica armonía; se agitan, rebullen en su grande alma las inspiraciones de la meditacion y de la soledad, y enagenado y estático canta con lengua de fuego las bellezas de la religion, revela las delicadas y hermosas relaciones que tiene con la naturaleza, y hablando un lenguaje superior y divino, muestra á los hombres asombrados la misteriosa cadena de oro que une el cielo con la tierra: era *Chateaubriand*.

Sin embargo, es preciso confesarlo, un vértigo como se ha introducido en las ideas; no se remedia con poco tiempo; y no es fácil que desaparezca sin grandes trabajos la huella profunda que ha debido dejar la irreligion con sus estragos. Los ánimos, es verdad, van cansados del sistema de irreligion; una desazon profunda agita la sociedad; ella ha perdido su equilibrio, la familia ha sentido aflojar sus lazos, y el individuo suspira por un rayo de luz, por una gota de consuelo y esperanza. Pero ¿dónde hallará el mundo el apoyo que le falta? ¿Seguirá el buen camino, el único, cual es entrar de nuevo en el redil de la Iglesia Católica? ¡Ah! solo Dios es el dueño de los secretos del porvenir; solo él mira desplegados con toda claridad delante de sus ojos, los grandes acontecimientos que se preparan sin duda á la humanidad; solo él sabe cuál será el resultado de esa actividad y energía que vuelve á apoderarse de los espíritus en el exámen de las grandes cuestiones sociales y religiosas; solo él sabe cuál será el fruto que recogerán las generaciones venideras de los triunfos conseguidos por la religion, en las bellas artes, en la literatura, en las ciencias, en la política, en todos los ramos por donde se esplaya el humano entendimiento.

Nosotros débiles mortales que arrastrados rápidamente por el precipitado curso de las revoluciones y trastornos, tenemos apenas el tiempo necesario para dar una fugaz mirada al caos en que está envuelto el pais que atravesamos, ¿qué podrémos decir que tenga alguna prenda de acierto? Solo podrémos asegurar

que la presente es una época de inquietud, de agitacion, de transicion; que multiplicados escarmientos y repetidos desengaños, fruto de espantosos trastornos y de inauditas catástrofes, han difundido por todas partes el descrédito de las doctrinas irreligiosas y desorganizadoras, sin que por esto haya tomado en su lugar el debido ascendiente la verdadera religion; que el corazon fatigado de tantos infortunios se abre de buen grado á la esperanza, sin que el entendimiento de contemplar en grande incertidumbre el porvenir, y de columbrar tal vez una nueva cadena de calamidades. Merced á las revoluciones, al vuelo de la industria, á la actividad y estension del comercio, al adelanto y expansion prodigiosa de la imprenta, á los progresos científicos, á la facilidad, rapidez y amplitud de las comunicaciones, al gusto por los viages, á la accion disolvente del Protestantismo, de la incredulidad y del escepticismo, presenta en la actualidad el espíritu humano una de aquellas fases singulares, que forman época en su historia.

El entendimiento, la fantasía, el corazon, se hallan en estado de grande agitacion, de movilidad, de desarrollo; presentando al propio tiempo los contrastes mas singulares, las estravagancias mas ridículas, y hasta las contradicciones mas absurdas.

Observad las ciencias, y sin notar en su estudio aquellos trabajos prolijos, aquella paciencia incansable, aquella marcha pausada y detenida que caracterizan los estudios de otras épocas, descúbrese sin embargo un espíritu de observacion, un prurito de generalizar, de alzar las cuestiones á un punto de vista elevado y trascendente, y sobre todo, un afan de tratar todas las ciencias bajo aquel aspecto en que se divisan los puntos de contacto que entre sí tienen, los lazos que las hermanan, y los canales por donde se comunican recíprocamente la luz.

Las cuestiones de religion, de política, de moral, de legislacion, de economía, todas van enlazadas, marchan de frente, dándose al horizonte científico un grandor, una inmensidad, que no habia jamas alcanzado. Este adelanto, este abuso, ó este caos, si se quiere, es un dato que no debe despreciarse cuando se estudia el espíritu de la época, cuando se examina su situacion religiosa; pues que no es la obra de ningun hombre aislado, no es un defecto casual, es el resultado de un sinnúmero de causas que han conducido la sociedad á este punto, es un grande hecho,

fruto de otros hechos, es una espresion del estado intelectual en la actualidad; es un síntoma de fuerzas y de enfermedades, un anuncio de transicion y de mudanza, tal vez un funesto presagio. Y ¿quién no ha notado el vuelo que va tomando la fantasía, y la prodigiosa expansion del corazon, en esa literatura tan varia, tan irregular, tan fluctuante, pero al propio tiempo tan rica de hermosísimos cuadros, rebosante de sentimientos delicadísimos, y embutida de pensamientos atrevidos y generosos? Dígase lo que se quiera del abatimiento de las ciencias, del descaecimiento de los estudios, nómbrense con tono mofador *las luces del siglo*, vuélvase la vista dolorida hácia tiempos mas estudiosos, mas sabios, mas eruditos; en esto habrá sus verdades, sus falsedades, sus exageraciones, como acontece siempre en declamaciones semejantes; pero no podrá negarse, que sea lo que fuere de la utilidad de sus trabajos, tal vez nunca habia desplegado el espíritu humano semejante actividad y energía, tal vez nunca se le habia visto agitado con un movimiento tan vivo, tan general, tan variado; tal vez nunca como ahora se habrá deseado con tan escusable curiosidad é impaciencia; el levantar una punta del velo que encubre un inmenso porvenir.

¿Quién dominará tan opuestos y poderosos elementos? ¿Quién podrá restablecer el sosiego en ese piélago combatido por tantas borrascas? ¿Quién podrá dar union, enlace, consistencia para formar un todo compacto, capaz de resistir á la accion de los tiempos? ¿Quién podrá darlo á esos elementos que se rechazan con tanta fuerza, que luchan sin cesar estallando con detonaciones horribles? ¿Será el Protestantismo con su principio fundamental? ¿Será asentando, difundiendo, acreditando el principio disolvente del espíritu privado en materias religiosas, y realizando este pensamiento con derramar á manos llenas entre todas las clases de la sociedad los ejemplares de la Biblia?

Sociedades inmensas, orgullosas con su poderío, engreidas de su saber, disipadas por los placeres, refinadas con el lujo, espuestas de continuo á la poderosa accion de la imprenta, disponiendo de unos medios de comunicacion que hubieran parecido fabulosos á nuestros mayores; donde todas las grandes pasiones encuentran su objeto, todas las intrigas una sombra, toda corrupcion un velo, todo crimen un título, todo error un intérprete, todo interes un pábulo; trocados los nombres, socavados todos

los cimientos; cargadas de escarmientos y desengaños; flotando entre la verdad y la mentira con horrorosa incertidumbre, dando de vez en cuando una mirada á la antorcha celestial para seguir sus resplandores, y contentándose luego con fugaces vislumbres, haciendo un esfuerzo para dominar la tormenta, y abandonándose luego á merced de los vientos y de las ondas; presentan las sociedades modernas un cuadro tan extraordinario como interesante, donde pueden campear con toda amplitud y libertad las esperanzas y temores, los pronósticos y conjeturas, pero sin que sea dable lisonjarse de acierto, sin que el hombre sensato pueda tomar mas cuerdo partido, que esperar en silencio el desenlace que está señalado en los arcanos del Señor, á cuyos ojos están desplegados con toda claridad los sucesos de todos los tiempos, y los futuros destinos de los pueblos.

Pero si que se alcanza fácilmente, que siendo como es el Protestantismo disolvente por su propia naturaleza, nada puede producir en el orden moral y religioso que sea en pro de la felicidad de los pueblos; ya que esta felicidad no es dable que exista estando en continua guerra los entendimientos con respecto á las mas altas é importantes cuestiones que ofrecerse puedan al espíritu humano.

Cuando en medio de ese tenebroso caos, donde vagan tantos elementos, tan diferentes, tan opuestos y tan poderosos, que luchando de continuo, se chocan, se pulverizan y se confunden, busca el observador un punto luminoso de donde pueda venir una ráfaga que alumbre al mundo, una idea robusta que enfrenando tanto desorden y anarquía, se enseñoree de los entendimientos y los vuelva al camino de la verdad, ocurre desde luego el Catolicismo como el único manantial de tantos bienes: y al ver cual se sostiene aun con brillantez y pujanza, á pesar de los inauditos esfuerzos que se están haciendo todos los dias para aniquilarle, llénase de consuelo el corazon, y brotando en él la esperanza, parece que le convida á saludar á esa religion divina, felicitándola por el nuevo triunfo que va á adquirir sobre la tierra.

Hubo un tiempo en que inundada la Europa por una nube de bárbaros, vió desplomarse de un golpe todos los monumentos de la antigua civilizacion y cultura: los legisladores con sus leyes, el imperio con su brillo y poderío, los sabios con las ciencias, las artes con sus monumentos, todo se hundió: y esas inmensas

regiones donde florecian poco antes toda la civilizacion y cultura que habian adquirido los pueblos por espacio de muchos siglos, viéronse sumidas de repente en la ignorancia y en la barbarie. Pero la brillante centella de luz arrojada sobre el mundo desde la Palestina, continuaba fulgurando aun en medio del caos: en vano se levantó la espesa polvareda que amagaba envolverla en las tinieblas; alimentada por el sopro del Eterno continuaba resplandeciendo; pasaron los siglos, fué estendiendo su órbita brillante, y los pueblos que tal vez no pensaban que pudiera servirles de mas que de una guia, para marchar sin tropiezo por entre la oscuridad, viéronla presentarse como sol resplandeciente esparciendo por todas partes la luz y la vida.

¿Y quién sabe si en los arcanos del Eterno no le está reservado otro triunfo mas difícil, y no menos saludable y brillante? Instruyendo la ignorancia, civilizando la barbarie, puliendo la rudeza, amansando la ferocidad, preservó á la sociedad de ser víctima, tal vez para siempre, de la brutalidad mas atroz, y de la estupidez mas degradante; ¿pero qué timbre mas glorioso para ella, si rectificando las ideas, centralizando y purificando los sentimientos, asentando los eternos principios de toda sociedad, enfrenando las pasiones, templando los enconos, cercenando las demasías, y señoreando todos los entendimientos y voluntades, pudiera levantarse como una reguladora universal, que estimulando todo linage de conocimientos y adelantos, inspirara la debida templanza á esta sociedad agitada con tanta furia por tan poderosos elementos, que privados de un punto céntrico y atrayente, la están de continuo amenazando con la disolucion y el caos?

No es dado al hombre penetrar en el porvenir; pero el mundo físico se disolveria con espantosa catástrofe, si faltase por un momento el principio fundamental que da unidad, orden y concierto á los variados movimientos de todos los sistemas; y si la sociedad, llena como está de movimiento, de comunicacion y de vida, no entra bajo la direccion de un principio regulador, universal y constante, al fijar la vista sobre la suerte de las generaciones venideras, el corazon tiembla, y la mente se nubla.

Hay empero un hecho sumamente consolador, y es el admirable progreso que hace el Catolicismo en varios paises. En Francia y en Bélgica se robustece; en el norte de Europa parece que se le teme, cuando de tal manera se le combate; en Inglaterra,

es tanto lo que ha ganado en menos de medio siglo, que sería increíble si no constara en datos irrecusables; y en sus misiones vuelve á manifestarse tan emprendedor y fecundo, que nos recuerda los tiempos de su mayor ascendiente y poderío.

Y cuando los otros pueblos tienden á la unidad, ¿podría prevalecer el desbarro de que nosotros nos encamináramos al cisma? Cuando los demás pueblos se alegrarían infinito de que subsistiera entre ellos algun principio vital que pudiese restablecerles las fuerzas que les ha quitado la incredulidad, España que conserva el catolicismo, y todavía solo, todavía poderoso, ¿admitiría en su seno ese germen de muerte que la imposibilitaría de recobrar de sus dolencias, que aseguraría á no dudarlo su completa ruina? En esa regeneración moral á que aspiran los pueblos, anhelantes por salir de la posición angustiosa en que los colocaron las doctrinas irreligiosas, ¿será posible que no se quiera parar la atención en la inmensa ventaja que la España lleva á muchos de ellos, por ser uno de los menos tocados de la gangrena de la irreligion, y por conservar todavía la unidad religiosa, inestimable herencia de una larga serie de siglos? ¿Será posible que no se advierta lo que puede ser esa unidad, si la aprovechamos cual merece; esa unidad que se enlaza con todas nuestras glorias, que despierta tan bellos recuerdos, y que tan admirablemente podría servir para elemento de regeneración en el orden social?

Si se pregunta lo que pienso sobre la proximidad del peligro, y si las tentativas que están haciendo los protestantes para este efecto tienen alguna probabilidad de resultado, responderé con alguna distinción. El Protestantismo es profundamente débil, ya por su naturaleza, y además por ser viejo y caduco; tratando de introducirse en España ha de luchar con un adversario lleno de vida y robustez, y que está muy arraigado en el país: y por esta causa y bajo este aspecto, no puede ser temible su acción. Pero ¿quién impide que si llegase á establecerse en nuestro suelo, por mas reducido que fuera su dominio, no causara terribles males?

Por de pronto salta á la vista que tendríamos otra manzana de discordia, y no es difícil columbrar las colisiones que ocasionaría á cada paso. Como el Protestantismo en España, á mas de su debilidad intrínseca, tendría la que le causara el nuevo

clima en que se hallaría tan falto de su elemento, viérase forzado á buscar sosten, arrimándose á cuanto le alargase la mano; entonces es bien claro que serviría como un punto de reunión para los descontentos; y ya que se apartase de su objeto, fuera cuando menos un núcleo de nuevas facciones, una bandera de pandillas. Escándalos, rencores, desmoralización, disturbios, y quizás catástrofes, he aquí el resultado inmediato, infalible, de introducirse entre nosotros el Protestantismo: apelo á la buena fe de todo hombre que conozca medianamente al pueblo español.

Pero no está todo aquí; la cuestión se ensancha y adquiere una importancia incalculable, si se la mira en sus relaciones con la política extranjera. ¿Qué palanca tendría entonces para causar en nuestra desgraciada patria toda clase de sacudimientos? ¡Oh! ¡y cómo se asía ávidamente de ella! ¡cómo trabaja quizás para buscar un punto de apoyo! Hay en Europa una nación temible por su inmenso poderío, respetable por su mucho adelantamiento en las ciencias y artes, y que teniendo á la mano grandes medios de acción por todo el ámbito de la tierra, sabe desplegarlos con una sagacidad y astucia verdaderamente admirables. Habiendo sido la primera de las naciones modernas en recorrer todas las fases de una revolución religiosa y política, y que en medio de terribles trastornos contemplara las pasiones en toda su desnudez, y el crimen en todas sus formas, se aventaja á las otras en el conocimiento de toda clase de resortes; al paso que fastidiada de vanos nombres, con que en esas épocas suelen encubrirse las pasiones mas viles y los intereses mas mezquinos, tiene sobrado embotada su sensibilidad para que puedan fácilmente excitarse en su seno las tormentas que á otros países los inundan de sangre y de lágrimas. No se altera su paz interior en medio de la agitación y del acaloramiento de las discusiones; y aunque no deje de columbrar en un porvenir mas ó menos lejano las espinosas situaciones que podrían acarrearle gravísimos apuros, disfruta entre tanto de aquella calma que le aseguran su constitución, sus hábitos, sus riquezas, y sobre todo, el Océano que la ciñe. Colocada en posición tan ventajosa, acecha la marcha de los otros pueblos; para uncirlos á su carro con doradas cadenas, si tienen candor bastante para escuchar sus halagüeñas palabras; ó al menos procura embarazar su marcha y atajar sus